

# CALDO DE GALLO

RAFAEL ÁNGEL HERRA

Aquella tarde, poco antes de morir, la abuela decidió preparar el mejor caldo del mundo. Desde hacía varios días había visto —o, más bien, adivinado, pues estaba casi ciega— el bulto de un gallo blanco que rondaba la casa y dormía junto a la reina de la noche. Cuando caminaba a pasitos irregulares hacia la galera donde se echaban las gallinas tropezó con él y lo agarró de una ala antes de que escapase. Era su día de suerte. Siempre le había gustado el misterio de los atardeceres tibios.

La abuela vislumbró el brillo más allá de su ceguera incipiente. El gallo irradiaba una extraña claridad en la calma del lunes. Cuando sintió que lo cogían del ala quedóse quieto y se dejó arrastrar a tirones. Las gallinas cacarearon en la galera y luego se tranquilizaron.

En el fogón ardía el rescoldo. No hay gallo, por viejo y duro que sea, al que no ablande un buen remoión de agua calentada con leña seca de aguacate.

Antes le ayudaba el abuelo. El abuelo amarraba primero al pobre bicho por las patas. Después, cuando le había retorcido el cuello, se oían los aletazos de loco por toda la casa. La abuela le echaba agua caliente a chorros, le arrancaba las plumas y, ya desplumado, lo pasaba sobre las llamas del fogón, para quemarle las últimas plumillas. Después, sobre el molero, le abría el vientre con el cuchillo de la cocina y le sacaba cuanta cosa encontraba adentro: los intestinos, el corazón, el buche lleno de piedrecillas. Le extirpaba la hiel cuidadosamente para evitar que se derramara un líquido repugnante por todas partes y se echara a perder la carne. Finalmente la cabeza, cortada de un tajo, iba a parar también a la olla del caldo... Pero el abuelo ya había muerto y la abuela no

podía recurrir a nadie en su frecuente soledad de los lunes para que le ayudara a retorcer pescuezos y levantar la olla; y entonces, sin ánimo de usar el agua que ya humeaba sobre el rescoldo, pues no tenía fuerzas en el cuerpo, púsose a desplumarlo vivo, lentamente, refunfuñando contra el bicho más duro de pelar que había conocido en su vida. Mientras sostenía al gallo con una mano y le daba tirones con la otra, se imaginaba que el gallinero revoloteaba sobre su cabeza, cacareando locamente, y que a su lado se divertían otras jóvenes, como hacía mucho, mucho tiempo, mientras ella, sentada sobre una piedra, desplumaba los pollos de la fiesta y alfombraba la tierra de colores. En su memoria bullió el gusto de un caldo como el que se preparaba en la casa de sus padres, aquellos sábados felices, muchos, muchos años antes, cuando aún no conocía al abuelo y soñaba que las fragancias de flores blancas la acompañarían hasta el día de su muerte. Iba arrancando plumas a tirones y rebuscando en el pasado las razones de su tranquilidad. Había sufrido y, sin embargo, estaba en paz consigo misma porque echó las tortillas al comal cada mañana, compartió los frijoles, la toronja azucarada, las melcochas de tapa de dulce y sembró semillas por todas partes. Su mayor alegría era ofrecer un buen caldo de gallo como había aprendido a hacerlo en la casa materna...

Mi abuela era tan buena que vino un ángel a ayudarle a morir; pero como estaba casi ciega lo confundió con un gallo y le arrancó las plumas. Sin duda fue una mujer bienaventurada y llena de inocencia pues se fue al Cielo en compañía de un ángel pelón oloroso a reina de la noche, creyendo que había preparado el mejor caldo de toda su vida